



Costado norte de la plaza de Santiago. 1859.



Plaza de Armas de Santiago. Foto colección de Carlos Peña.



Plaza de la Independencia, Santiago. Lámina de Claudio Gay.

Réquiem para la Plaza de Armas de Santiago

En un país con autoridades sin memoria histórica y sin políticas culturales, este artículo quiere destacar que éste es uno de los espacios públicos más importantes de la nación y que puede decirse, sin temor a exagerar, que Chile fue fundado desde la Plaza de Armas de Santiago.

Por Armando de Ramón

A este mérito, que ya basta por sí solo, debemos añadir que su trazado ha servido de modelo para las demás plazas mayores de todo el país desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Las ciudades chilenas del norte, centro y sur mantienen por sus respectivas plazas de armas un cuidado y consideración que se refleja en el trato que hasta hoy dispensan a esos espacios; amor y celo que podrían servir de pauta y de ejemplo para nuestras autoridades edilicias. Por esta peculiar condición histórica, la Plaza de Armas de Santiago ha evolucionado en profundidad desde antaño hasta hoy, pero lo ha hecho pausada y sosegadamente y, como hemos dicho, acorde con la deferencia que pasadas administraciones han tenido frente al paso de un tiempo que ha tocado, sin destruir, este hermoso legado simbólico de nuestro pasado.

También debe reconocerse que la Plaza Mayor o de Armas, como todas las de su clase de Hispanoamérica, ha sido el centro, el lugar de mayor importancia, el corazón y el pulso de la ciudad durante cuatro siglos y medio, y aunque en la actualidad ella ha pasado a ser esencialmente un paseo y un lugar de descanso, único en la comuna de Santiago, sigue reuniendo en su entorno la sede de la actividad religiosa, el gobierno edilicio, museos y otros servicios públicos, amén de un inmenso comercio que debe entroncarse con aquel otro que se desarrollara desde el lejano siglo XVI.

En momentos como el presente, cuando las autoridades edilicias y de la dirección del Metro de Santiago se encuentran interviniendo en el trazado, en los usos y en el diseño de la Plaza de Armas de esta ciudad, nos parece que al principal centro histórico de Chile, de materializarse esos proyectos, sólo le quedará la posibilidad de cantarle una misa de difuntos.

Durante los pasados cuatrocientos cincuenta años, los procedimientos puestos en práctica por la autoridad edilicia para modificar los usos a que se destinó el espacio de la Plaza de Armas fueron prudentes, permitiendo que la misma sociedad urbana, al transformarse, le imprimiera las modalidades que imponía la evolución de la ciudad primada de Chile.

En un país con autoridades sin memoria histórica y sin políticas culturales, este artículo quiere destacar que éste es uno de los espacios públicos más importantes de la nación y que puede decirse, sin temor a exagerar, que Chile fue fundado desde la Plaza de Armas de Santiago. Las decisiones respecto a la conquista y luego a la colonización y a la independencia de nuestra tierra, fueron tomadas y organizadas por las autoridades desde allí, en los tiempos heroicos de nuestra naciente patria.

Lo que en otro tiempo fuera lugar de justas y torneos, de corridas de toros, de ejercicios militares, de jura de nueve reyes, de jublosa proclamación de la República y, finalmente, de solemne pregón anunciando al nuevo presidente, ceremonia que se escuchó por última vez en 1901 cuando se anunció a don Germán Riesco, ha derivado sin prisas ni estrépitos en un lugar apacible, donde la sociabilidad santiaguina va descubriendo funciones siempre novedosas y donde el habitante urbano descubre el encanto de toparse, con la naturaleza que surge sorprendente en medio del tumulto de la gran ciudad.

Cuatro funciones históricas

La vieja ágora mapochina ha tenido, a lo menos, cuatro funciones principales que se han ido superponiendo unas a otras, coexistiendo con las que se resistían a desaparecer. Las tres primeras, como se verá, exigen que este recinto permaneciera como un lugar despejado, sin árboles ni más adornos que una fuente puesta allí durante el gobierno de José de Garro (1682-1692).

La primera fue la función militar, de ahí el nombre de la plaza. Los hombres de la clase dirigente se entrenaban en ella participando en los ejercicios militares, en los "alardes" y en las "suizas"; es decir, en aquellos simulacros que eran un eco de costumbres medievales transportadas a Indias por los conquistadores.

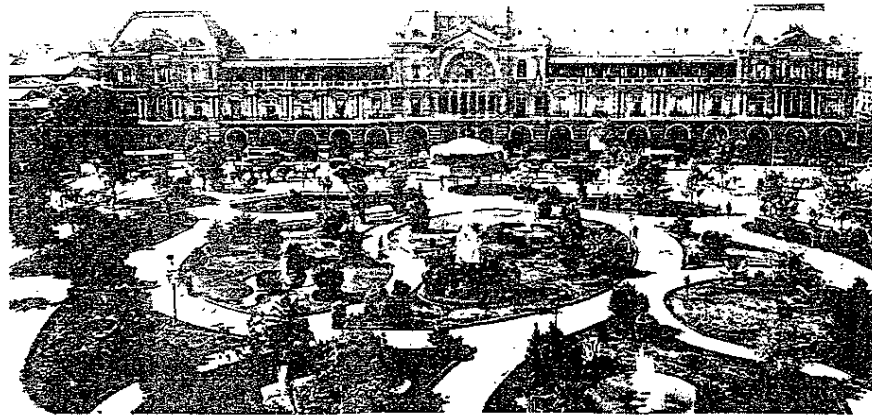
La segunda, consistió en los juegos y deportes caballerescos como las cañas y sortijas, que permitían a los jóvenes patrióticos mostrar su destreza ecuestre en la oportunidad en que estas fiestas se programaban. En otras oportunidades solían tener lugar allí algunas corridas de toros para lo cual se cerraban las entradas a la Plaza Mayor con púas de madera. Finalmente proporcionaban serenidad, con su solemne pausa, las fiestas religiosas cuando cruzaban su espacio las procesiones de Corpus o las de Semana Santa.

A la plaza acudieron los atribulados vecinos que sobrevivieron al "terremoto magno" en la noche del 13 de mayo de 1647. Allí los esperaba su obispo, herido al caer su casa episcopal, pero firme y dispuesto a confortar a su pueblo. Allí estuvo, rodeado del clero santiaguino que logró salvar las sagradas formas, para proporcionar el consuelo religioso y psicológico que aquella espantada población necesitaba. Por allí pasa todavía año a año el Señor de Mayo, recordando a los habitantes urbanos la historia pasada y los riesgos que aún acechan a la centenaria ciudad y a sus moradores.

También se correspondía al despejado de este sitio con la actividad comercial desarrollada allí desde sus inicios y que aún se mantiene con variadas formas. En ella se desarrollaba "el mayor comercio de los negociantes, mercaderes y pleiteantes", desde que comenzó a funcionar hacia 1580 ese mercado popular llamado "tianguéz", acompañado desde los antiguos portales del Cabildo por los escribanos y los actuarios judiciales quienes daban curso a los procesos al aire libre y frente a todo el mundo.

La plaza, libre de obstáculos, fue también una tentación para desahogar los bellicosos instintos de algunos habitantes, porque en ella solían realizarse los duelos a espada que lavaban la honra mancillada. El más famoso fue el que protagonizaron un domingo de invierno de 1614 el valiente, pero ya anciano doctor Andrés Jiménez de Mendoza, y el gallardo y pendenciero don Pedro Lisperguer y Flores, combate en el cual, como podía suponerse, el primero llevó la peor parte a pesar de la ayuda que intentaron prestarle varios aguerridos vecinos, todos parientes de los duelistas, convirtiendo aquel singular encuentro, en campal y sangüinaria batalla.

Quizá para no mezclarse con esta vida profana, la primera catedral de Santiago, como otras del continente hispanoamericano, no dio su frente a la plaza sino a la calle que hasta hoy lleva su nombre, orientándose de norte a sur. Para asegurar aún más el conveniente aislamiento de las vanidades de este mundo y para recordar lo fugaz de los placeres humanos, un curioso cementerio rodeaba a la catedral por todo su costado y por su frente a la calle de aquel nombre, mientras en las gradas del templo mayor se depositaban los cadáveres de los que morían en la calle durante la noche para su reconocimiento por deudos y conocidos. Habrá que rogar a Dios para que las retroexcavadoras, en su urgida y atolondrada actividad, respeten este camposanto y dejen paso a arqueólogos competentes para que puedan rescatar los tesoros que ese sitio oculta desde siglos.



Plaza de Armas, fines del siglo XIX.

El inicio de los cambios

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, comenzó a producirse un cambio importante en el rol de la Plaza Mayor o de Armas de Santiago, iniciándose la modificación de su diseño y de su uso, en un proceso que duró hasta finales del XIX. Recién entonces se avino a adoptar su actual función, la de sitio de descanso y solaz para el ajetreado transeúnte, en una capital que comenzaba a sentir los impactos de la modernidad.

La primera modificación fue el cambio de sentido y dirección que tendría la nueva catedral, orientada ahora de este a oeste. La construcción se inició en 1748 siendo consagrada este segundo templo mayor, aunque inconcluso, el 5 de diciembre de 1775. Un siglo más tarde, las obras de transformación de ella realizadas por el arzobispo Mariano Casanova a partir de 1898 fueron de tal envergadura, que el mismo prelado decidió consagrarla por segunda vez el 5 de mayo de 1906. Este cambio de orientación de la catedral debe relacionarse con el proceso de sacar de la plaza al mercado, a las corridas de toros y otras celebraciones para despejarla de las escenas inconvenientes, del tumulto de los ambulantes y del ajetreo de los mercachifles —en síntesis, del "populacho"—, que era el alma constituyente del pintoresco pero heterogéneo conjunto de personas que la había usado desde su fundación. En esta tarea sin duda estaba empeñado el tercio, pero uno de los más eficientes mandatarios santiaguinos, Luis Manuel de Zañartu (1762-69 y 1772-82), el cual, pese a sus desvelos y a su eficiencia, no consiguió sacar a los comerciantes, triunfo que, a medias, vino a lograrse recién durante el gobierno de don Bernardo O'Higgins (1817-23). En esa época el mercado se trasladó a dos cuadras de la plaza, junto al río, sitio donde aún permanece gracias al hermoso edificio que durante su gestión edilicia hizo construir Benjamín Vicuña Mackenna (1872-75), otro de los grandes mandatarios santiaguinos.

Habrá que rogar a Dios para que las retroexcavadoras respeten esté camposanto y dejen paso a arqueólogos para que puedan rescatar los tesoros que ese sitio oculta desde siglos.

Si el propósito era convertir a la Plaza Mayor en paseo exclusivo y sitio de solaz y esparcimiento, esto fue un trabajo que demoró todo el siglo XIX. Como hemos dicho, las autoridades actuaron en esta materia con mucha prudencia en su empeño por cambiar al populacho como actor principal de este centro cívico y reemplazarlo por el ciudadano, el "hombre nuevo". A éste era a quien convocaba el Cabildo de Santiago el 27 de enero de 1821 para festejar el próximo 12 de febrero, día de la Independencia, entonces la fiesta nacional más importante.

Paseo de solaz y de descanso

En la cuarta década del siglo XIX se sacó de ella la antigua pile de Garro, la que fue reemplazada por un monumento traído desde Europa en 1837 por Juan Enrique Rossales y que, por milagro, se encuentra todavía en el mismo sitio en que entonces se la colocó. Estuvo rodeada por un pequeño jardín protegido por una reja que se cerraba después de cierta hora. Las autoridades fueron poco a poco agrandando el jardín, colocando escenas y rodeando su lindero con filas de árboles. Para el año 188 la transformación estaba ya casi completa y las viejas funciones de la Plaza de Armas cedían paso a paso a su nuevo destino, que se pensaba sería el de servir de paseo, de solaz y de descanso a los santiaguinos. El toque de gracia para terminar el embellecimiento de ella fue el encargo del diseño de sus jardines hecho al paisajista Guillermo Renner hacia 1895.

Hoy, a los ciento dos años de su hermoamiento, la plaza mantiene su diseño, su "quios-

co" para la música, sus añosos árboles, sus usuarios que dan la vida al lugar, la justifican y la mantienen, los niños y los ancianos, las palomas, los ciudadanos activos que corren y los pasivos que descansan y conversan, los charlatanes, los pintores y caricaturistas que presagian la llegada de nuevas especializaciones que emergerán dentro de este espacio. Es indudable que la sociedad urbana que la utiliza intensamente no estaría dispuesta a que la plaza perdiera este carácter ni que se impusiera una remodelación inconsculta y precipitada dando al traste con una evolución urbana de tantos siglos. [A]

Armando de Ramón es miembro de la Academia Chilena de la Historia.

Un curioso cementerio rodeaba a la catedral por todo su costado y por su frente a la calle de aquel nombre, y en las gradas del templo mayor se depositaban los cadáveres de los que morían en la calle durante la noche para su reconocimiento por deudos y conocidos.